

## EL BARROCO TARDIO Y EL NEOCLASICO ROMANTICO EN LA ARQUITECTURA DE AREQUIPA

(Estado de los monumentos en febrero de 1962)

por el prof. Arq. GUILLERMO ULRIKSEN  
De la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Chile

### *HAEC EST DOMUS DOMINI FIRMITER AEDIFICATA*

*Arequipa, febrero de 1962.* Contemplando ruinas arquitectónicas recientes y antiguas por toda la extensión de esta ciudad colonial, vienen a mi memoria las palabras de la inscripción en el frontispicio de la Iglesia de Santo Domingo de Santiago, que pongo como epígrafe de este ensayo (Fig. 1).

Solamente en un período de transición, en los primeros decenios de la independencia, los constructores continuaron la tradición de solidez en lo constructivo que se había desarrollado en el período colonial y había culmina-

do en obras prácticamente indestructibles.

Al avanzar hacia nuestros países la ola de la revolución industrial, cuyos embates aún no cesan, el afán de lucro se volcó a la edificación, la que se hizo menos razonada y estructuralmente más mísera de decenio en decenio. Paradojalmente, mientras la ingeniería celebraba triunfos en el establecimiento de industrias y ferrocarriles, la arquitectura pasaba a ser más y más una rama de la agricultura; evadía el control de la matemática y volvía a las técnicas más primitivas.

Es casi inconcebible al punto que llegó a irresponsabilidad frente a las fuerzas que permanentemente modifican el relieve del paisaje

Fig. 2 Arequipa, el monasterio de Santa Catalina, con espolones similares a los contrafuertes de Santo Domingo de Santiago de Chile (foto del autor)



en esta parte del globo. Espigadas torres se levantan por todas partes a partir de la segunda mitad del siglo pasado, sin anclaje alguno con el terreno de fundación, como una balbuceante e infantil provocación a nuestra fiera naturaleza, sujeta a movimientos sísmicos en plazos imprevisibles.

La Capitanía General de Chile, cuyo modesto pecunio no resiste parangón con la fastuosa abundancia de los virreinos de Nueva España, Nueva Granada, Perú y Río de la Plata, entregó a la República obras que sobresalen por su firmeza y prudencia: el Palacio de la Moneda, el edificio de los Tribunales, las iglesias de Santo Domingo y de San Francisco, los fuertes de Isla Mancera, Niebla, Corral y San Antonio, la Sacristía de San Agustín, de La Serena, la torre de las Misiones Capuchinas de Mulchén, el Fuerte de Nacimiento, etc.

Aquí me desplazo en suelo peruano por el borde de un barranco del río Chili, en un paisaje volcánico, en el que torrentes de antiguas lluvias cavarón profundas quebradas. La ciudad se detiene allí donde no ha mucho, tal vez poco antes del grito de Rodrigo de Triana, el espeso, ardiente manto de lava hizo alto transformándose en inmóvil costra. Un angosto túnel de medio punto cruza el estribo sur del Puente Bolognesi sobre el río Chili. Dispuesto para dejar paso a piños, reuas y pastores, ahora enlaza dos barrios casi al nivel de las aguas. No son infrecuentes las creces imprevistas del impetuoso río; su bravura es la de todos los ríos peruanos que descienden abruptamente hacia el Pacífico desde los Andes, cuyo ciclo de deshielos no se ha detenido en milenios que nos separan de la última glaciación.

Desde el lugar en que me encuentro veo las nieves del Chachani de 6.076 metros, que forma parte de un anfiteatro de montañas almacenadoras de hielo que envuelven a Arequipa. Completan ese arco el volcán Misti, de 5.821 metros, los cerros de Picchupichu, de



Fig. 1 Iglesia de Santo Domingo de Santiago de Chile (fotografía de Hermann Barentin)

Fig. 3 Arequipa. La Compañía: sacristía desde el segundo patio del claustro (foto del autor)





5.571 metros; el volcán Ubinas, de 5.672 metros; más lejos, el fatídico volcán Omate.

El diez de enero recién pasado conmovió al mundo la tragedia de Ranrahirca, donde una avalancha gigantesca sepultó cuatro mil almas. La torrencial lluvia desencadenada por ciclones ascendentes desde el Pacífico Ecuatorial había desprendido una masa colosal de nieve, lodo y piedra desde el Nevado de Huascarán, de 6.807 metros, gigante de América en medio de un ecúmene milenario.

La transformación violenta del paisaje se había producido en la región de Yungay, en el valle del río Santa, el "Callejón de Huaylas", encajonado entre las cordilleras Negra y Blanca. Veinte siglos antes la cordillera alba había descargado tremendos aludes hacia las vertientes orientales, destruyendo suelos de cultivo.

Allí se desarrollaba, en el período de los años 850-500, antes de nuestra era, la cultura de Chavín de Huántar, sostenida por una raza de canteros y escultores, cuyo culto religioso se extendía hasta Cupisnique, Ancón y Supe. En 1945 fue envuelto en un espeso sudario de lodo y piedra la arquitectura de la fortaleza que Julio C. Tello no logró salvar. Porque él conocía la acción destructora de sorpresivos aludes o huaycos. Pese a las críticas, se impuso su decisión de quechua y su sabiduría de origen milenario y las esculturas fueron trasladadas a Lima.

Después del desaparecimiento misterioso del pueblo Chavín, mientras promediaba el Siglo de Pericles, transcurrirían mil años, hasta que otros pueblos de la región de los nudos andinos empuñasen de nuevo el cincel del tallador para dar prueba de incomparable maestría en Tiahuanaco, Ollantaytambo y Machu Picchu. El intruso llegado del Mediterráneo hace apenas cien lustros ignora las historias antiguas que en los ayllus se transmiten de generación en generación. En 1539, los conquistadores eligieron el tambo de Are Quepay, para desarrollar una ciudad (1). Habían bajado desde el Co-

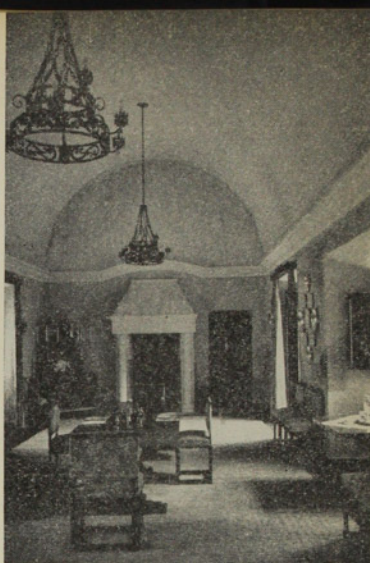
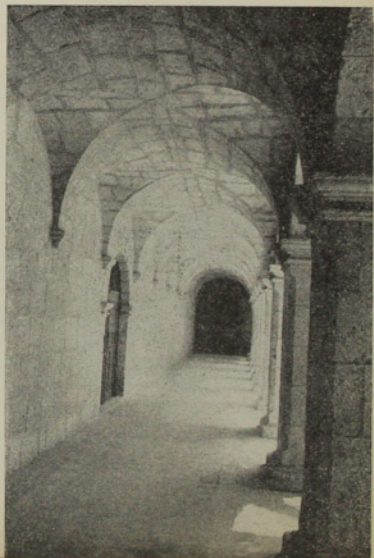


Fig. 4 Arequipa, casa Williams-Kirk: comedor con bóveda de cañón que se repite en todos los aposentos (foto del autor)

Fig. 5 Arequipa, convento de San Francisco: bóvedas "en rincón de claustro" del patio de clausura (foto del autor)



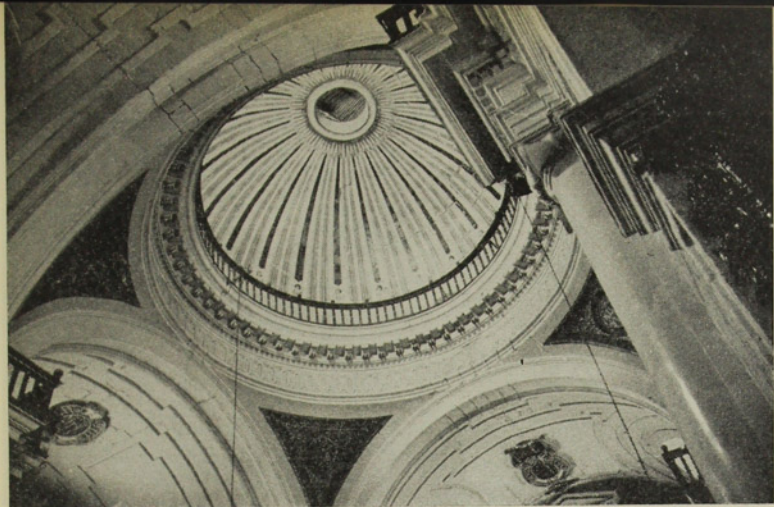


Fig. 6 Arequipa, convento de San Francisco: antesacristía (foto del autor)

llo por uno de los caminos transversales de la red viaria del Inca. No les arredra la presencia de nevados y volcanes, porque desconocen el poder destructor que ocultan sus conos imponentes.

La toba de origen eruptivo, de la cual cor-

tan los blancos sillares de Arequipa, no sabría ser menos bella que el travertino de las canteras de Tívoli.

Los fuertes muros adornados por gruesas molduras, gárgolas de corte maquinista o zoomórfico y balcones apoyados en gruesas y apreta-

Fig. 7 Arequipa, iglesia de La Compañía: cúpula hemisférica del transepto

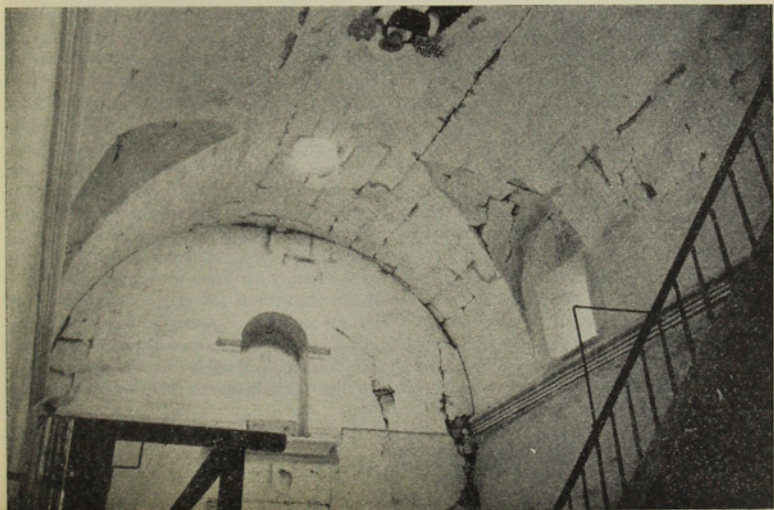






Fig. 8. Cuzco: azoteas onduladas sobre las cúpulas de la catedral; al fondo la iglesia de La Compañía, construida sobre el palacio de Amarucancha del Inca Huaina Capac

das ménsulas hacen de las calles obras de arquitectura.

Los terremotos asolaron al Perú y castigaron sin tregua a los conquistadores que, apresurados, levantaban flacos muros. Son los años de 1541, 1606, 1687, 1746 y 1940 para Lima. Se inicia el ciclo de Arequipa con el temblor de 1582. Desde el 18 de febrero de 1600, durante tres días y sin que cesaran las réplicas en mucho tiempo, el Volcán Omate remece la región de Arequipa, cubriendo el paisaje de ceniza y piedra y destruyendo todo lo edificado a la esbelta manera plateresca. Ahora son engrosados los sillares de Arequipa en los monasterios de La Merced (1657), Santa Catalina (1662-1674), Santo Domingo (1677) y otros, hasta hacer inconcebible su destrucción (2). Se suceden los terremotos de 1687, 1715, 1784, 1868 y la proporcionada torre de Santa Catalina aún sigue en pie, aunque a mal traer. Todas son reemplazadas y caen, o el 13 de enero de 1958 o el 15 de enero de 1960; el convento y el templo de Santo Domingo quedan destruidos, con excepción de la famosa portada la-

teral, que se salva. Estos daños y los sufridos por el templo de San Francisco parecen irreparables; no ha alcanzado hasta aquí la generosa ayuda de UNESCO, como la obtuviera Cuzco en 1950. La reconstrucción de la cúpula del presbiterio de Santa Catalina ha sido cuidadosa (Fig. 2). El campanario de concreto armado que se está levantando sobre el nivel de las azoteas, sin trabazón adecuada, con los firmes muros, es frágil y efímero.

No obstante, los constructores hispanos porfirieron, montando bóvedas sobre muros tan gruesos, que a veces los muros se descargan del lastre excesivo, quedando las cúpulas en pie. Así ocurrió con la nave, transepto y sacristía de la Compañía, que no cedieron a los golpes destructores de los meses de enero de 1958 y 1960. (Fig. 3).

Hart-therré y Buschiazzo han conjeturado que la obra muerta de los altos muros de las mansiones (coronados por enfáticas molduras ya desaparecidas), es capaz de contrarrestar los empujes de la bóveda. El arquitecto Velarde publica el perfil de las bóvedas continuas de



Fig. 9 Cuzco, interior de la catedral: cúpulas de crucerías con nervios estructurales arandelados y nervaduras ornamentales (foto del autor)

los ambientes domésticos, en diseño que por su claridad sin palabras se anticipa al laconismo gráfico que impetra el programa bauhausiano del Instituto de Tecnología de Illinois. No obstante, los contrafuertes laterales de la casa de Ugarteche abren una nueva interrogante (Fig. 13).

La residencia de la familia británica-norteamericana Williams-Kirk (antes Casa del Moral o Cadena) vive en esplendor jesuítico y viñeal con la categoría de un museo privado (Fig. 4).

La "bóveda de arista", como subsiste en el Claustro de Clausura del monasterio seráfico, se empleó también en pórticos domésticos que se abrían hacia los huertos o jardines interiores. Ahora, esas loggias señoriales cegadas por tabiques forman piezas de conventillo (Fig. 5); pero subsisten en su forma original en los patios finales de la Casa Williams-Kirk y del solar de Arrozpe.

Los antetechos elevados también hacen de hastiales en las cabeceras de las bóvedas semicilíndricas, cuyas generatrices alternan sus di-

recciones para dar mayor racionalidad a las pétreas estructuras en su brega con los esfuerzos horizontales de los terremotos.

La sacristía y la sala de paramentos que la antecede en el convento del Santo de Asís, registran en forma desigual los efectos de muchos seísmos sobre sus bóvedas de medio cañón. También en ellas se han inscrito los movimientos de los terremotos recientes (Fig. 6).

El cielo abovedado de la nave principal del muy famoso templo de La Compañía de Jesús acusa, con numerosas grietas, el incesante asedio telúrico. La cúpula hemisférica del cruceiro, de menor audacia de elevación que la más antigua de Cuzco, ha resistido también mejor, apoyándose directamente en las pechinas perfectas que desarrolló Bizancio y devolvió a su forma prístina el arte renaciente. Las generatrices de Arequipa son las mismas de Santa Sofía: no incluyen el cimborrio (Fig. 7).

Los jesuitas no sólo aportaron en América la plenitud de la forma barroca. Dieron satisfacción en toda parte o los tres postulados fun-





Fig. 10 Cuzco, interior de La Compañía: comodidad, firmeza y delicia se conjugan en el choque del plateresco y del barroco (foto del autor)

damentales de Vitruvio: comodidad, firmeza y delicia.

En los valles del Cuzco y del Alto Perú y en la meseta del Collao no es fácil encontrar, como aquí, la sobria solución de la bóveda romana semicilíndrica, inventada, al parecer, en las colaterales de las Termas de Carracalla, cuyas soluciones más ingeniosas se encuentran después en las iglesias románicas de Saboya.

*Lima, febrero de 1962.* Emplean los arquitectos del Plateresco y del Barroco hispanoamericano aquella solución antigua de delgadas cúpulas, cuya fuerza reside en los haces de nervios que brotan de las cabezas de los machones. Buscando el centro de las bóvedas, acercándose o alejándose simétricamente con relación a dicho centro, los nervios estructurales forman estrellas de vértices arandelados.

Cuando un terremoto las ha derrumbado, se ve que tan frágil cáscara ha sido utilizada como recipiente para el hormigón de cal y can-

to, en que se apoyan las azoteas derechas u ondeadas (Fig. 8).

Los cuarteles entre arcos formeros y torales reciben además el peso adicional de nervaduras no soportantes que, caprichosamente, serpentean y zigzaguean, variando de diseño, de dominio en dominio. Se repiten los diseños sólo con relación al eje central longitudinal del templo. Observé en la Catedral de Cuzco el rico y variado juego de la fantasía plateresca, que permite contar hasta diecinueve composiciones diferentes en los cielos de la monumental "Hallen Kirche". Cansado de la tensión de coleccionista de tan inesperada y sorprendente variedad de formas, dispuesta por genial capricho allá arriba, donde no contradice la unidad incontrovertible de la joya arquitectónica, casi olvido de volver mi atención a los arcos ojivales de las capillas del nar-tex, que Buschiazzo ha señalado como "detalle realmente curioso" (3) (Fig. 9).

Por la acorde perfección de alta sinfonía tal-

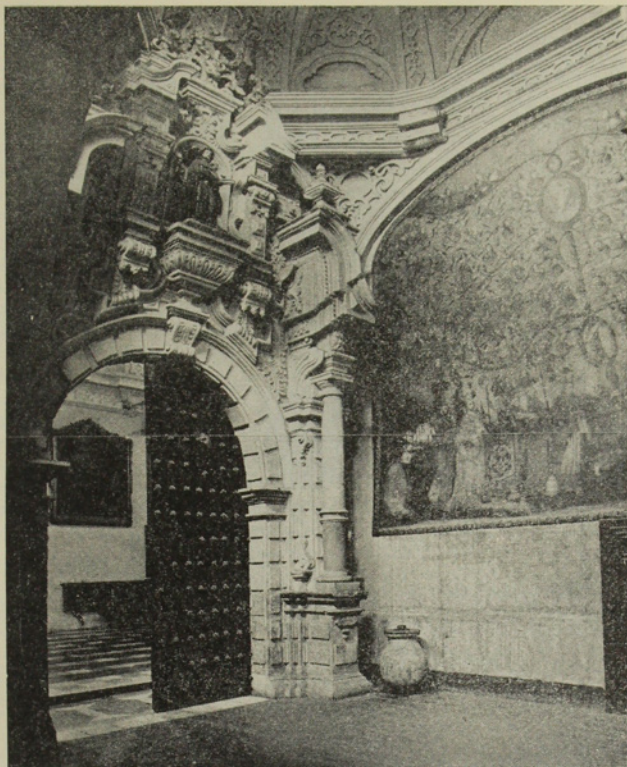


Fig. 11 Lima, portada de la sacristía del convento de San Francisco, fechada 1729 y debida al cincel de Lucas Meléndez (foto del autor)

vez no tenga parangón el interior de la iglesia de la Compañía de Cuzco, coronado no sólo por la cúpula que se eleva por encima de las pechinas a través del cilíndrico cimborrio, sino, además, por la crucería de las ocho cúpulas oblongas de la nave del transepto y del presbitero (Fig. 10).

¿Interviene en el logro del magnífico cielo catedralicio, la acción de unos retoques que se hacen necesarios frente al despliegue de riqueza decorativa que desembozadamente pregona la filosofía de Ignacio de Loyola en América? ¿O, por el contrario, fue la prohibición que el Cabildo Eclesiástico decretó con-



tra la erección de un templo jesuítico en la Plaza de Armas, lo que provocó esa sublime emulación que por fin reunió en el mismo ámbito urbanístico las dos obras maestras de la arquitectura iberoamericana al Sur del Ecuador?

Aunque exista certeza sobre la cronología de las etapas primarias de cada construcción original, la incesante reconstrucción de trozos dañados o caídos que se suman como inquietas pinceladas de perfeccionamiento, se evade de la acuciosidad demostrada por los primeros cronistas. Cuando se habla en grandes líneas, se puede afirmar que la estructura de iglesia-salón de la Catedral de Cuzco soportó, sin daños, el terremoto del 21 de mayo de 1950.

Subiendo sin apremio al techo catedralicio de Cuzco, probando la delicia de caminar sobre sus enladrilladas concavidades y convexidades para comprobar su aparejo perfecto sin pedaceras, que viene a ser la fachada hacia el cielo de su cuerpo arquitectónico, se llega también a saber que las cúpulas al oriente del altar mayor se derrumbaron. También la torre de la Campana de la María Angola hubo de ser reconstruida casi totalmente después de aquel 21 de mayo.

Retornemos ahora nuestra atención a las cosas de Arequipa. Alfredo Benavides había logrado establecer, con referencia a la Catedral mistiana: "Dirigió la obra un maestro o arquitecto de la misma localidad, del que lo único que hemos podido averiguar es que se llamaba Lucas" (4). Buschiazzo menciona, el año 1844, como el del incendio y ciertamente también el apellido del arquitecto.

Angel Guido, mucho antes nos había dado la información exacta (5); pero todos dan en afirmar que el fuego destruyó totalmente la antigua catedral de piedra y dan por demostrado que en el año 1844 se reinició su construcción desde los cimientos. De todos modos las bóvedas de crucería de esta Catedral invitan a considerar la hipótesis de una cronolo-

gía más extensa. Victor Barriga (6) descubre que un maestro, Andrés de Espinosa, por los años entre 1621 y 1628, había salido de Lima y se había dirigido a Arequipa a construir la Catedral.

En Lima se empleó la piedra de cantera, que provenía del istmo de Panamá (7), sólo en los frontispicios axiales y portadas transeptuales de sus templos. Raras veces utilizóse la gránula y la escoda para realizar un motivo interior, como se hizo en la portada de ingreso a la Sacristía de San Francisco (Fig. 11).

En sus muros la ciudad de Lima dio preferencia al adobe, como se anota en una lámina de la oficina del Plan Regulador, en que se hace el inventario de los materiales con que está construido el barrio antiguo. Después del terremoto del 25 de octubre de 1606, el Real Consejo había ordenado derribar del todo las bóvedas altas y hacerlas más bajas (8). Así se iniciaba ese largo proceso de aligeramiento de las estructuras, que vino a culminar después del terremoto del 24 de mayo de 1940. Varios pilares de la Catedral ya habían sido reemplazados por armazones huecas de madera, revestidas con listones, barro empajado y estuco de cal o yeso. Las nervaduras de las crucerías en que se apoyaban los entrepaños de caña y argamasa, iban a transformarse, por último, en simples sostenes de delgados entablados que degradan el tono de la arquitectura catedralicia (Fig. 12).

El pretendido engaño de la vista raya en prestidigitación en las bóvedas de las naves de La Merced; se obtiene con lienzo (tocuyo u osnaburgo), en tensión que imita con bastante eficacia la concavidad propia de cúpulas verdaderas. Los almocarbes, paneles rehundidos, recuadros encasetonados que con fácil generosidad ahora proliferan sobre bóvedas, arcos, pilares y muros, se obtienen con elementos de madera sobrepuestos. La consigna "seguridad ante todo" celebra así un estridente triunfo de mera apariencia, relegando parsimoniosa-

mente a los archivos el concepto de relación funcional entre materia y forma.

También Arequipa que, por efecto de la violenta acción de la "clase de anatomía" de los terremotos recientes, quedó con su entraña arquitectónica al desnudo, está dando prueba de la insolencia de la sociedad actual en el proceso de selección de artífices idóneos para el espinudo problema de la reconstrucción (10). Si el nombre del arquitecto Lucas Poblete ha de seguir relacionado con la Catedral de Arequipa, sin conocer aún documentalmente el verdadero alcance de su intervención, conven-gamos, al menos, que como constructor de ella, los terremotos le han extendido un certificado de eficiencia y capacidad. Debemos lamentar que en 1944 Buschiazzo no haya emitido un juicio con mayor fundamento sobre el hábil constructor catedralicio (11). En 1836 se había dado término a la Catedral de Potosí, iniciada en 1808, por el franciscano Manuel Sanaujá; las formas por las cuales se enlazan volúmenes a diferente nivel de las torres gemelas, en ambas catedrales guardan evidente relación estilística: en Arequipa, entre el cuerpo inferior y la gran linterna octogonal; en Potosí, entre los campanarios de base (también octogonales) y los trompos en que se afinca la cruz.

Buschiazzo alude, en un breve comentario, solamente a la fachada principal de la Catedral "de poco agradables proporciones, debido al ancho excesivo de su frente". No obstante, el exterior, la masa estructural del templo, provoca emoción y deleite; mientras que sus interiores no inducen la emoción del arte. Si nos detenemos en medio de la iglesia un poco al norte del crucero centralizado y miramos hacia el tabernáculo, vemos en la altura la frase pintarrajeada sobre las dovelas del arco toral: *Se cerró el 30 de mayo de 1818* (12). Es desconcertante la vulgaridad del ámbito interior que llega a condensarse en esa inscripción de burda factura.

Incomparable, en cambio, es la radiante vibra-

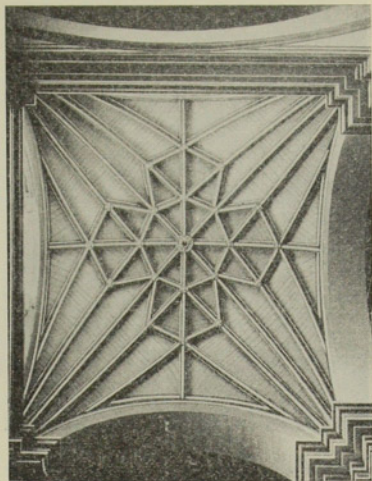
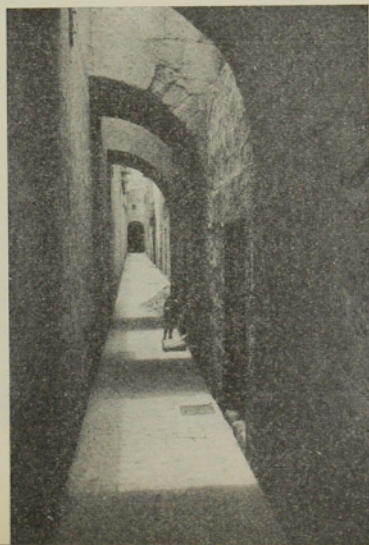


Fig. 12 Lima, catedral: crucería de entablados en nave lateral, a la izquierda del santuario (foto del autor)

Fig. 13 Arequipa, casa de Ugarteche: contrafuertes del costado sur





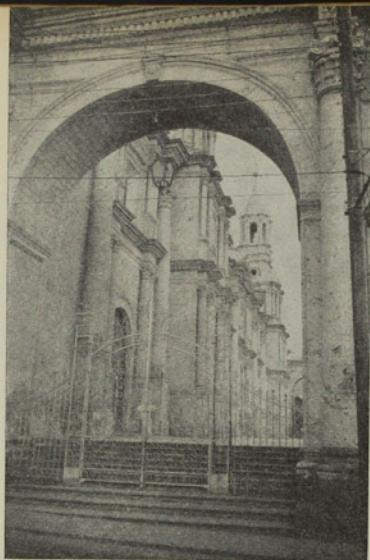


Fig. 14 Arequipa, catedral vista a través del arco de "la portezuela" (foto del autor)

ción del cuerpo arquitectónico catedralicio, pletórico en todo su contorno de alusiones románticas que, sin duda, rebrotan de antecesores barrocos, tales como los sombríos contrafuertes de la Casa de Ugarteche y los movidos cambios de nivel en los suelos patricios —proletarios hoy— de las mansiones de la calle Bolognesi (Fig. 13).

El eslabón neoclásico transicional entre lo barroco y lo romántico deviene pintoresco en las grandiosas perspectivas de la Catedral que se refuerzan por el escorzo dentro del encuadre de los arcos triunfales que cortan en ángulo recto el plano directriz de la larga y bien modelada fachada. Es arrebatador el engaste de metales en las columnas en destaque, sucediéndose dramáticamente en la medida de nuestro desplazamiento (Fig. 14).

Pertencen, sin duda, al romanticismo y no a la reacción classicista los pronunciados contrastes del relieve, las oquedades profundas y las protuberancias enfáticas que prorrumpen al-

rededor del ábside semioctogonal (Fig. 15) y en el patio de la sacristanía. Este último nos ofrece una portada de ingreso que no cede en originalidad al enmarque de la propia Puerta Procesional.

¿Fue todo lo exterior que ahora contemplamos en la Catedral de Arequipa, obra de un sólo arquitecto? Si Lucas Poblete fue el creador de tan notable fusión del sentir barroco y del ímpetu romántico en medio de la rigurosidad neoclásica, aceptemos, una vez más, que en la arquitectura —como en todo arte— se da y no muy infrecuentemente, tal contradicción entre obra y época.

Tal como pudo ocurrir en la gestación de la Catedral de Cuzco, cuando la forma lignaria del imafrente de ondeada planta en un momento dado desplaza a un pórtico que sólo de ser de severa arquitectura trentina, Francisco Becerra habría rubricado. Sabemos que Bartolomé Carrión, Miguel Gutiérrez Sencio (autor, según Buschiazzo, del herreriano, segundo claustro de La Merced de Cuzco) y Antonio de la Coba, dieron fisonomía definitiva al frontispicio, pero ignoramos por qué conductos llegó hasta ellos el influjo renovador de las obras del maestro de la Biblioteca Laurenciana y del ábside de la *Via dei Fondamenti*.

El maestro de la reacción classicista de fines del siglo XVIII, que fue Joaquín Toesca, dejó en Santiago de Chile obras geniales, que no tienen semejanza con otras de la época en ninguna otra comarca: el Palacio de la Moneda y el Templo de Santo Domingo (13).

Otros corifeos del proceso de transición, tal vez los arequipeños Manuel Sanauja y Lucas Poblete, se adueñaron del tono romántico de la literatura y de la música para comunicarlo por la pétreo estereotomía de edificios que emocionan como anuncio de algo que está por nacer. Las fotografías de esas murallas se difunden por el mundo. El espectador que consume arte arquitectónico carece tal vez de ese concepto de unidad, que a nosotros, quizá por

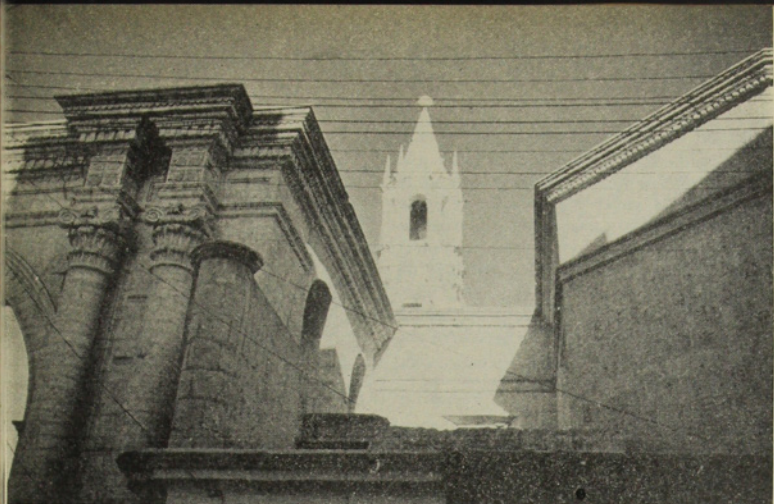


Fig. 15 Arequipa, catedral: escorzos entre la torre sur y la garganta, entre arco de triunfo y ábside prismático (foto del autor)

Fig. 16 Arequipa, la catedral desde el nivel superior de las galerías de la Municipalidad (foto del autor)





culpa del autor de "Las confesiones" y "Los suspiros", nos tiene confundidos. Mirando a la Catedral de Arequipa desde las galerías de la Municipalidad en el costado opuesto de la Plaza de Armas, la imagen de sus, hoy por hoy, feos interiores, se eclipsó y a nuestra mente acudió el recuerdo de unas palabras de Agustín, que aquí dejamos copiadas: "Examina la hermosura de los cuerpos formados y verás que los números están prendidos allí según sus lugares" (14) (Fig. 16).

#### NOTAS

(1) Kelemen (op. cit. en la bibliog.) da una versión diferente. Arequipa habría sido "una ciudad incaica importante"; su nombre provendría de la confirmación dada por un curaca a un indio: "Are quepay" (¡Se detente!). Buschiazio difiere en los siguientes términos ("Estudios", op. cit. en la bibliog.), que copia de Fray Antonio de la Calancha: "*Crónica moralizada del orden de San Agustín*". Barcelona, 1638: "... *pasando por aquel asiento uno de sus reyes Ingas con numeroso ejército le pidieron más capitanes... que deseaban fundar allí una población y respondiéndoles su rey are-quepay: está bien, quedaos...*". Agrega Buschiazio: "... sucedió esto durante el incanato de Maytacapak; da la fecha 1134 de acuerdo el investigador José Fernández Nodal y Nogueuel. Angel Guido ("Fusión", op. cit. en la bibliog.) considera "fidedigno" al fraile Calancha. J. Alden Mason ubica a Maytacapak en el cuarto lugar de las dinastías de los incas dioses que se inician, por ya general aceptación, con Manco Capac, alrededor del año 1200 de nuestra era y terminan con la muerte de Atahualpa en 1523. (J. Alden Mason, op. cit. en la bibliog., págs. 107-131).

(2) Las fechas de fundación de los conventos de Arequipa han sido dados por Buschiazio en su reciente "Historia", op. cit. en la bibliog., pág. 101.

(3) Buschiazio, "Estudios": op. cit. en la bibliog., pág. 98.

(4) Benavides, "La Arquitectura": op. cit. en la bibliog., pág. 133.

(5) Angel Guido en "Fusión", op. cit. en la bibliog., pág. 145, establece: "el 1º de diciembre de 1844 un voraz incendio destruyó la catedral" (de Arequipa).

(6) El fray mercedario Víctor Barriga, profesor de la Universidad de San Agustín de Arequipa, en su completa investigación "El templo de la merced de Lima", da a conocer una serie importante de documentos de los archivos de la orden mercedaria. Op. cit. en la bibliog.

(7) Barriga, op. cit. en la bibliog., refiriéndose al templo de la Merced de Lima, señala que en el año 1697 se construye por tercera vez la portada y que el maestro Juan de Lara corta piedras para el frontispicio en la *Cantena de Vilco*.

(8) Información documental de Barriga, op. cit.

(9) La información sobre fecha y autor (Lucas Meléndez, 1729) de la portada sacristal de San Francisco de Lima es dada por Pal Kelemen, op. cit.

(10) Bernard Berenson señaló en Florencia el error de haberse omitido de los alzados de fachadas y levantamientos (o arquitectos) ineptos, carentes, en todo caso, de la chispa genial que inspiró a Lucas Poblete, arquitecto injustamente subestimado. Los portales que rodean la Plaza, en cambio, se reconstruyen, con amor y respeto al espíritu del neoclasicismo romántico, sin desatender la amplitud y criterios de seguridad que impone el presente.

(11) El juicio de Buschiazio sobre Lucas Poblete se encuentra en la pág. 115, de los "Estudios", op. cit.

(12) 1944-1848; he ahí el breve plazo trascurrido entre el incendio de un 1º de diciembre anotado por Angel Guido y un 30 de mayo en que se cerró el arco foral del costado oriente del crucero de la Catedral de Arequipa. Durante catorce decenios Manuel Sanauja, franciscano arequipeño, entre los años 1808 y 1836 habría construido la neoclásica Catedral de Potosí. Ambas construcciones envuelven importantes motivos de investigación, que ojalá hayan sido iniciados. (La información sobre Manuel Sanauja la debemos a Pal Kelemen, op. cit.).

(13) Eliana Mujica Arredondo, autora del seminario "Iglesia y Convento de Santo Domingo de Santiago de Chile", ha hecho hallazgos documentales que prueban la participación de Joaquín Toesca en la construcción del templo tan "firmemente edificado". (Véase bibliografía).

(14) Agustín, obras filosóficas, tomo III, pág. 37: "Contra los académicos". (Salamanca, 1947).

(15) E. W. Middendorf en su obra *Das Kuesteland von Peru*, Berlín, 1894, páginas 245-246, anota que en 1887 la Catedral de Arequipa estaba a punto de terminarse, la reconstrucción completa de "alijado interior", realizada después del incendio de 1844, habría sido nuevamente destruida por el terremoto de 1868. Publica dos fotografías de la fachada principal del año 1887, una frontal y otra en escorzo con uno de los arcos "portezuelas". Middendorf, gran conocedor del Perú, aprecia la originalidad de esos arcos y anota que dan forma "atrio" antepuesto a la Catedral, realizado por las gradas que penetran en el terreno que se eleva hacia el oriente. En ambas fotografías (opuestas a las páginas 242 y 246), constata la inexistencia de la reja que actualmente cierra el atrio; las torres carecen aún de sus trompos terminales; sobre las grandes columnas se han dispuesto pedestales para recibir estatuas (similares a los que se elevan sobre las antas del sistema de retablo de la fachada de Santo Domingo en Santiago de Chile). En su estado actual (1962), Catedral de Arequipa carece de esos pedestales.

## BIBLIOGRAFIA

- Alden Mason*, J. The ancient civilizations of Peru. London, 1957, 330 págs., ilustraciones, gráficos.
- Barriga*, Victor. El Templo de la Merced de Lima. Arequipa, 1944, 429 págs., fotog.
- Benavides, Rodríguez*, Alfredo. La Arquitectura en el Virreinato del Perú y en la Capitanía General de Chile. Santiago, 1941, 358 págs., 256 figs.
- Berenson*, Bernard. Estética, ética e storia nelle arti della rappresentazione visiva. Milano, 1953, 359 págs.
- Busaniche*, Hernán. La arquitectura en las misiones jesuíticas guaraníes. Santa Fé, 1955, 205 págs., 64 ilustraciones.
- Buschiazzo*, Mario J. Estudios de arquitectura colonial hispano-americana. Buenos Aires, 1944, 153 págs., 8 planos, 39 fotografías fuera de texto.  
Historia de la arquitectura colonial en Iberoamérica. Buenos Aires, 1961, 171 págs., 69 láms. fuera de texto con 96 fotografías, 22 planos.
- Dash-Brown*, Albert. Notas para fundamentar una crítica. Buenos Aires, Revista "Nuestra Arquitectura", octubre 1961, págs. 25-30.
- Camón Aznar*, José. La arquitectura y la orfebrería española del siglo xvi. Madrid, 1959, 568 págs., 610 figs., 6 plan-tas; 20 láms. fuera de texto.
- Carrión Cachot*, Rebeca. Julio C. Tello y la arqueología peruana. Lima, 1948, 32 págs., ilustraciones.
- Castro Morales*, Efraín. Francisco Becerra en el Valle de Puebla, México. Anales de Arquitectura Americana e In-vestigaciones Estéticas (A.A.A.I.E.), Nº 13, 1960, págs. 11-24, 8 figs. fuera de texto.
- Doering*, Heinrich Ubbeholde. Gewebte Symbole. Revista "Die Kunst", abril 1951, págs. 250-256. L'art du Vieux Perou. Tübingen, 1952, 64 págs., 244 láms. fuera de texto.
- Dony*, Paul. Orlas Laterales en las Portadas Andinas. A.A.A.I.E., Nº 9, 1956, págs. 99-106.
- Guido*, Angel. Fusión Hispano-Indígena en la Arquitectura Colonial. 1925, 179 págs., 7 grab. orig. del autor.  
Redescubrimiento de América en el Arte. Buenos Aires, 1944, 769 págs., 422 figs., 19 láms.
- Harth-terri*, Emilio. Las tres fundaciones de la Catedral de Cuzco. A.A.A.I.E., Nº 2, 1949, págs. 29-70.
- Kelemen*, Pal. Baroque and Rococo in Latin America. New York, 1951, 302 págs., 192 láminas fuera de texto.
- Kronfuss*, Juan. Arquitectura Colonial en Argentina. Córdoba, 1920, 203 págs., 29 láminas fuera de texto, 136 dibujos, 83 planos.
- Kubler*, George-Soria, Martin. Art and Architecture in Spain and Portugal and their American Dominions, 1500 to 1800. Middlesex, 1959, 445 págs., 192 láms. c. ilustr.
- Landolt*, Hanspeter. El espacio en la Arquitectura Barroca. A.A.A.I.E., 1956, Nº 9, págs. 53-70, 3 planos, 8 fotogs.
- Majica Arredondo*, Eliana. Iglesia y Convento de Santo Domingo de Santiago de Chile. Universidad de Chile, Seminario de Historia de la Arquitectura, Profs. A. Zentilli-Myriam Wais-berg, 1962, 96 págs., 18 fichas bibliográficas, 69 fotogs. de Herman Barentin.
- Noel*, Martín S. Teoría Histórica de la Arquitectura Virreinal. Buenos Aires, 1932, 253 págs., numerosas ilustr.
- Valdézcel*, Luis E. Del Ayllú al Imperio. Lima, 1925, 201 págs.
- Velarde*, Héctor. Arquitectura Peruana. México, 1946, 182 págs., ilustr., figs.
- Von Engels*, O. D.-Caster, Kenneth E. Geology. New York, 1952, 730 págs., 372 figs.
- Woefflin*, Heinrich. Kunstgeschichtliche Kunstbegriffe. Mün-chen, 1920, xii, 260 págs., ilustr.  
Gedanken zur Kunstgeschichte. Basel, 1947, 166 págs., ilustr.